
La Señora

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8542

Título: La Señora

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 28 de marzo de 2025

Fecha de modificación: 28 de marzo de 2025

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Señora

Llegaron, colocaron la corona de flores artificiales, prendieron algunas velas y empezaron a rezar.

Una vez al año hacían esta visita. Así, rezando, parándose, hincándose, estaban allí hasta que las velas se consumían.

Cedrés iba hasta el portón de entrada, fumaba, volvía.

No podía comprender cómo aguantaban tanto tiempo en aquella situación.

—Porque —pensaba— imire que una vela cuando uno está esperando que se apague dura tiempo prendida!...

Esta vez se puso a hablar con el camposantero. Miraban los dos a aquellas cuatro figuras negras, de cabeza caída sobre el pecho, con una rigidez de madera.

—Mire que ha sido gente fiel con el finado...

—¡Déjeme! —respondió Cedrés—. Gente de ésa ya no queda. ¿Usted sabe lo que son seis años de luto cerrado?

—¡Seis años!

—¡Seis! Pero éste es el último... Ella dice que ya cumplió con él... Les va a repartir el campo.

Y siguió contándole:

—"La Señora" quiere que ellos se arreglen por su cuenta...

—¡Y está bien nomás!

—Dice que no van a ser güérfanos toda la vida ... Y que ella ya fue doliente seis años...

—¡Ha cumplido hasta demás!...

* * *

Siempre fue ella la que llevó la dirección de la familia y de los negocios. El finado fue un hombre muy blando.

—¿Ve el más grande de ellos? Así era el padre... Pero capaz que lo envolvía un chiquilín... Todo marchó bien porque ella era un general para disponer.

Él andaba siempre como sorbido por ella, que es una mujer alta, medio gruesa, amiga de apretarse la ropa lisa sobre el cuerpo, con una cara donde la piel parece querer reventar por no poder contener la sangre, con un bozo azul sobre el labio grueso.

De tarde, cuando él llegaba del campo, andaba tras ella como arrastrado por aquellas formas, que la ropa lisa torturaba, y aquella voz medio borrada que parecía una voz con fiebre.

Los hijos iban creciendo, pareciéndose cada vez más al padre. Grandes y felices bajo la voluntad de la madre, repitiendo a cada rato el "sí señora" que habían aprendido del padre.

* * *

Alguna vez aquélla lo invitaba a que dispusiera algo.

—Ordená... Una se cansa de gobernar...

O lo mandaba al almacén, cansada de su compañía pasiva y anhelante.

—Andá a divertirte, Borges... Encontrate con los otros hombres... Traé noticias, cargá cuento...

Y el pobre Borges contestaba:

—Voy, llego y en seguida comenzás a faltarme...

Regresaba. Tenía que tener cerca aquella, voluntad fuerte y oír aquella voz que le encendía la sangre.

También a los hijos ella les invitaba a salir:

—¿Por qué no van a las carreras?...

O les ponderaba la amistad:

—Al hombre no le alcanza con tener parientes. Tiene que tener amigos que son parte de la familia.

Pero no. Tampoco ellos parecían poder alejarse de ella.

Hasta que un día el hombre empezó a irse de a poco. Un mal desconocido lo fue llevando, descarnándole y desangrándole, mientras a ella se le ponía más tensa la piel y se le acentuaba más el bozo que parecía un humo azul sobre la boca.

* * *

Ya salían de la escribanía cuando ella ordenó:

—Ahora ustedes se van... Cada cual empiece como si estuviera solo...

Les dijo que se iba a sacar la ropa negra.

—Anduve con él veinticinco años vivo y seis muerto... Ahora la doliente ya cumplió. Al menos creo... Ahora me van a gustar las chucherías y las ropas de color...

* * *

Llegó con Cedrés a la fonda. Eligió dos piezas contiguas y le ordenó:

—Me espera hasta que venga...

* * *

Cuando volvió, Cedrés se quedó asombrado. Sintió que aquella fuerza terrible se enfrentaba a él ahora.

Venía vestida de color, liviana y como levantándose de la tierra, con el bozo saliéndose de la boca. El vestido ondulaba como una nube y la bata apretaba con rabia el pecho adelantado como una proa.

—Bueno —le dijo tras el silencio que los dejó sin palabras—, ahora va usted...

Y Cedrés también fue a cambiar las ropas a la tienda, como si también hubiera cargado un muerto seis años con sus trapos negros.

* * *

Comían juntos. El con el angustioso placer de estar frente a ella, en el comedor, donde tenía que salvarse de las miradas de ella y de los otros, y de la vista de aquel cuadro con un barco ardiendo que tenía enfrente, algo más alto que la cabeza de la mujer.

A veces bajaba los ojos hasta sus propias manos, y al levantarlos volvía a golpearse con aquel barco envuelto en llamas.

Al fin se levantaron.

—Ahora a sestiarse... Después vamos a salir a ver gente.

* * *

Caía la tarde cuando empezaron a sentir la angustia del tiempo sin destino.

Pasaron frente a la iglesia.

—Vamos a entrar —ordenó la señora.

Fueron. Salieron casi en seguida.

—A veces da vergüenza estar en la iglesia —dijo ella.

* * *

Sentía él cómo se movía ella tras el tabique de la pieza, y trataba de no hacer ruidos para sentir mejor los que hacía ella. Eran unos ruidos que no sabía de qué eran, pero le dolían.

Así hasta que sintió el ruido que hacía la llave de la luz al apagarse. Se apresuró y apagó él también.

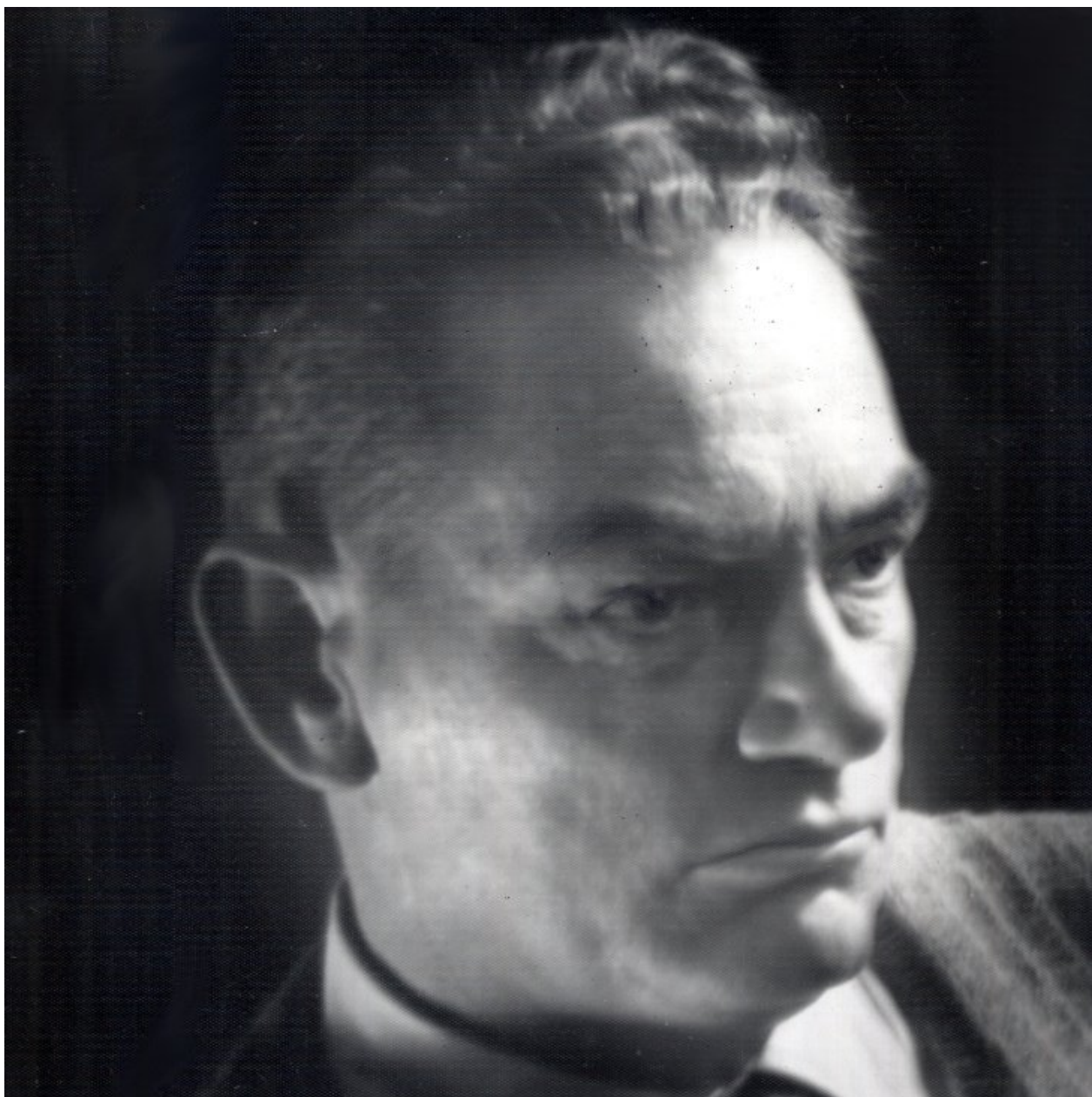
Le danzaban en la cabeza los vestidos de la mujer apretándola en algunos lados y escapando en vuelos en otros.

Después la cama recibió a la mujer, que dijo en seguida:

—Cedrés, mañana entra y me llama.

Cedrés no entendió las palabras porque ahora —como el pobre Borges— las sintió quemadas en la garganta de “La Señora”, quemándole a él también, sorbiéndole en una atracción, que borró de golpe ruidos, lugares y todo.

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en

extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables, forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.